LA JUVENTUD EUROPEA Y OTROS ENSAYOS (1)

José Luis Aranguren, catedrático de Etica y Sociología en la Universidad de Madrid, nació en Avila en 1909. Pertenece a una generación de grandes ensayistas españoles —de dentro y de fuera—, de hombres universitarios de pensamiento trabajado y serio. (Aunque de pasada, observemos este gran acontecimiento: el paso de la literatura al ensayo, el que es necesario abordar de modo consciente, con responsabilidad, tratando de cuestiones atañederas a los hombres, no a los entes de ficción. Lo literario, lo creador, en muchos casos, no es sino una manera encubierta de vaguear, porque para ello no se *necesita* más que *genio*. Y los grandes pueblos lo han sido, y lo son, por los pensadores, no por los soñadores, que se desfondan al primer empentón. Las fronteras son difíciles de trazar, pero el *Quijote* o la gran lírica española tienen la máxima jerarquía.)

Los nietos del 98 forman un equipo que garantiza la continuidad del pensamiento hispano, a pesar de tanta presión y de acontecimientos tan desgarradores, en los que la ira suplantó al sosegado razonar y entender. En sociología, en arte, en filosofía, en literatura, en investigación histórica, se podrían citar varias docenas de nombres y obras con las que es necesario y justo contar. No voy a realizar esa nómina aquí, porque hoy vamos por otro camino. Es una admirable cohorte de escritores contra mucho viento y mucha marea, difícilmente —todos— débiles en la inteligencia, aunque no siempre condignos en la acción social. Y esto es muy importante a los efectos de no trivializar en técnica y juego lo que debe ser ejemplo y norma. Quizá la falta de ejemplaridad de algunos intelectuales, amaestrados y obedientes a una doma extramental —cuando dejan de ser intelectuales para reducirse a partidarios—, tenga la culpa de su escasa repercusión y rectoría. Ya sé que para ser digno, sobre todo cuando no es negocio, hace falta más valor que para escribir una página bien tocada o para perseguir animosamente, en la comodidad de un despacho soledoso, temas arriscados o crucigramas lógicos. Pero, de momento, quédese aquí la cosa.

---

(1) José Luis Aranguren: *La juventud europea y otros ensayos*. Biblioteca Breve, núm. 159. Editorial Seix & Barral. Barcelona, 1961.

El panorama intelectual que sugerimos es muy consolador, aunque esté sumergido por la actualidad caediza, la propaganda, los *gustazos* y las cabezonerías coetáneas, reaccionarios por móviles en ocasiones absurdos, de simpatía o antipatía personal y hasta de regionalismos, aldeanerías y resentimientos, incluso físicos. Un rasgo característico, a mi ver, de los ensayistas es que el instrumental de trabajo—y las preocupaciones, la materia real—está más próximo entre ellos que entre los inmediatamente anteriores, aunque a cada cual le distinga el talento. Gracias al sentido de la realidad desliteraturizadora, las distancias mentales y afectivas se achican, y no sería absurdo ver cómo las líneas se juntan en un futuro no lejano, cuando la accesorio de unos y de otros desaparezca y esplenda lo medular. (En el valiente ensayo de Aranguren *Los católicos en tiempos de secularización* se lee: «Parece un hecho que externamente—y al decir externamente doy a este adverbio una acepción muy amplia, quiero decir externamente al acto de fe—los católicos y los no católicos cada día nos iremos pareciendo más, incluso en nuestros comportamientos culturales y, por supuesto, políticos y sociales.»)

Entre los pensadores actuales no hay ya meros propagandistas, dialécticos de la posición inicial indiscriminada o defensores de intereses o urgencias patrimoniales. Incluso los mejores, a quienes desvió la juventud y unas circunstancias excepcionales, han desechado su parcialidad y andan por un ostracismo dignísimo, sospechados y hasta sospechosos para quienes sólo postulan adhesiones, como ha ocurrido siempre que el intelectual ha sido también un hombre, no un mero proveedor de entretenimientos bicarbonatados para la sobremesa de los poderosos. (A la hora de la verdad, los escritores, las ideas o los libros han servido de parapeto para defenderse de las balas o para disparar contra el prójimo sin demasiado remordimiento, lección que siempre se olvida.)

Quizá—el tema merece ser tratado a fondo—el intelectual esté recobrando su puesto de honor, soledad y crítica, de peligro e intemperie, desilusionado de la política, actividad inferior, aunque resonante y para engañar incautos. Muchas políticas triunfantes, ahora mismo, no tienen porvenir, en tanto el futuro—y el presente, aunque no se vea—es de la inteligencia trabajadora y honesta. Ya no impone el político, como ocurría no hace tanto: el político, a lo sumo, embandera el esfuerzo de todos. Y menos aún apabulla el hombre providencial, el que se enroca en subterfugios trascendentales para descartar la responsabilidad personal e histórica en vida. No es que el intelectual empiece a ser un ente marginal, pues si no opera con la realidad manipula con fastasmas. Y Aristóteles nos enseñó en la *Política* que

quien no pertenece a la comunidad o al Estado, es un animal o un dios. Y como las marginalidades humanas no sean divinas, no queda más que el otro término de la opción. Ya dijo alguien que al hombre, *animal político,* si se le quita lo político se le deja en animal a secas. La política de hoy es parte de la Historia de mañana, y no cabe desconocerla ni dejar de tomar posición, mental en el caso del intelectual, no beligerante y con el as de bastos, la quijada cainita o el hacha de sílex de Altamira u otra caverna menos prestigiosa.

El intelectual inteligente—no el mero erudito o el que escribe por escribir o comer—va teniendo conciencia de su puesto en la sociedad, de su misión moral, de su humildad sagrada que no prevarica, en cuanto se le alcanza. Merced a los descubrimientos científicos, a los avances sociológicos y éticos—aún no puestos en práctica—, el político empieza a desmitificarse y a colocarse en el mundo de todos. (No es un hecho baladí la colegiación de la rectoría política y el apeo del culto a la personalidad, sucesos que suponen una entrada en razón y un síntoma del estado espiritual de nuestro tiempo.) El intelectual debe ser más hombre de cruz que de botafumeiro. Al final no se puede pasar la barrera del halago, y se cae en desgracia, pero sucio. ¿Por qué no ir por un sendero menos cómodo en lo físico y más exhibible y compartido en lo moral? Las especulaciones que no sirven al mejoramiento de los hombres «vivos y efectivos» pueden acabar en funambulismo inoperante, en pasto para matar el tiempo.

Respecto a la relación intelectual-Poder, podríamos citar las nobilísimas palabras de Henri Poincaré en *El valor de la ciencia* (II, cap. V, Col. «Austral»), referido al binomio ciencia-riqueza: «Las gentes prácticas reclaman de nosotros solamente el medio de ganar dinero. Esas no merecen que se les responda; más bien convendría preguntarles para qué acumular tantas riquezas, y si para tener tiempo de adquirirlas es necesario despreciar el arte y la ciencia, únicos que nos dotan de almas capaces de gozarlas, *et propter vitam vivendi perdere causa* (Juvenal, *Sátiras,* VIII, 84: *Para vivir, renunciar a lo que es razón del vivir).* Esto es: despojarse del hombre, perjurar de la sagrada condición humana, o lo que es igual: a la libertad en el orden del entendimiento amoroso. Creo que convendría que los intelectuales se hicieran problema de su condición y postura consecuente, sin dejarse llevar por ruegos femeninos, neveras, casas de campo, comodidades tecnológicas e incluso confinamientos, que no hay que buscar, pero tampoco temer: el santo no provoca el martirio—eso es suicidio—, mas no lo rehuye, y menos a un precio que no vale la vida, si se presenta la ocasión. Como el héroe. Y de ambos tiene algo el intelectual, o se queda en máquina pensante o en bufón y cómplice.

Estas consideraciones no creo que sean inoportunas con ocasión de *La juventud europea y otros ensayos*. Algo de lo que les pasa a los jóvenes de hoy, aunque el asunto sea más complejo, es la falta de maestros, el ejemplo moral. Y no se nos olvide que respondemos de las dolencias del prójimo, aunque no queramos: hay una responsabilidad convivente por acción u omisión. El profesor, el intelectual —y los demás estamentos sociales, altos y bajos—, han desertado en los momentos solemnes en los que era preciso revalidar el título hasta el derramamiento de la propia sangre, la vitalidad de las convicciones y de los escritos. Ante la barbarie, lo general ha sido la adulación, o en caso extremo, el cómodo silencio, el refinado exilio del que no quiere mancharse. (Sé que exagero al generalizar, y dejo a salvo muchos casos nobles; tantos, que merced a ellos hay esperanza. Aunque el escándalo sea más notorio, la sociedad actual tiene salvación y desembocadura histórica gracias al decoro anónimo de las verdaderas madres, a pesar del guirigay de las zorras.) Recuerdo que un profesor de la Universidad de Madrid dedicaba un libro a su maestro con las siguientes palabras: «A don Adolfo Posada. Maestro en la doctrina. Maestro en la conducta.» Luego el agradecido discípulo se dedicó a menesteres profesionales mejor retribuídos que la ciencia. Hoy, ya muerto, se va olvidando su presencia terrenal, sin asidero de obras, y no se pudo llevar los relumbres o el oro de por acá.

¿Qué debemos a nuestros educadores, a nuestros padres, a quienes nos han formado? ¿Qué hemos enseñado, que no venga en los libros, a nuestros sucesores? Porque, en principio, la juventud es irresponsable en tanto en cuanto no se ha hecho a sí misma ni decide de la vida de la sociedad. ¿Qué ha visto la juventud actual en sus casas, en las escuelas y en los centros docentes, en la calle, en los espectáculos, en la prensa? ¿Qué se les ha dicho acerca de sus reacciones ante los problemas diarios, ante la convivencia? ¿Qué concordancia o discordia —y anda en medio el corazón— existe entre lo que se les predica y la realidad? Porque de esa conformidad o discrepancia escandalosa nace el asentimiento o el repudio juvenil. Y si el joven se desilusiona, ¿cómo se va a comportar? Don Quijote, cuando despierta, se muere. Almas de menos gálibo, cuando se las engaña se encanallan o se materializan y pasan por todo, activa o pasivamente, desde el sometimiento capón al crimen. ¿No ha visto la juventud europea, en una u otra medida, demasiadas antinomias e inmoralidades, turbadoras contradicciones? La juventud actual sabe que sus padres han sido vejados, hasta muertos, por ser fieles a unos principios vigentes hasta el momento de la violencia, justos hasta ser suplantados por la legalidad de la fuerza. La juventud ve el ascenso del armado o del enri-

quecido al margen de la norma. Y se escandaliza, se desmorona. ¿A quién recurre, para qué, si los padres han sido desacralizados, convertidos en unos pobres guiñapos por una realidad bárbara y falsa, contrahecha, violentada? Y si le aparece el dinero, obtenido como sea, tal la única salvación. ¿Dónde están los maestros, los que no tiemblan, los que no adulan, los que no se aprovechan, los que toman la cicuta, los que saben y lo transmiten? ¿Cómo contestamos a estas preguntas en la soledad amarga de la conciencia? Es cierto que la juventud es un hecho social que está ahí, pero también es justo no olvidar nuestra parte de culpa en esa obra. ¿Podemos sostener la mirada a los jóvenes, confortarles con nuestra presencia y nuestra mano amiga en el hombro? ¿Podemos explicar en público cómo y de qué vivimos, cuál es nuestra tarea?

«Este libro —nos dice su autor—, aun cuando compuesto de nueve artículos diferentes, está interiormente muy trabado. El estudio con que se abre se refiere a los jóvenes de hoy, es decir, a los hombres de mañana. Le siguen tres ensayos concernientes al porvenir inminente del catolicismo y los católicos. Otros tres artículos tratan del tema del nuevo humanismo y de las nuevas humanidades. Y el volumen se cierra con sendos trabajos dedicados a Alemania e Italia.» Temas, como se ve, de importancia. ¿Cómo se cumple el ofrecimiento de Aranguren? Parcialmente, sin más remedio, porque no se nos explica qué sea el hombre español, cómo será cumplidamente hombre el joven de hoy, cuáles son las características de la sociedad que nos acoge o rechaza y los desajustes o encajes del hombre que vive en ella. Incluso, ¿es posible ser hombre de momento? ¿Tiene espera el ser? Claro que Aranguren no se ha propuesto —no es posible en 200 páginas— resolver estas cuestiones, sino exponer hechos, juicios y, sobre todo, creo yo, encarar al hombre maduro con esa ineludible y tremenda realidad de la juventud de hoy, menos libre que la nuestra, que estuvo más politizada que la que nos precedió. Claro que mi juventud, la de los nacidos alrededor de 1915, se desarrolla en un mundo que con la primera guerra mundial del 14 al 18 cierra el período romántico de la política internacional y el feudal de muchas políticas nacionales —el liberalismo teórico en un ambiente medieval—, ve la primera huelga social en España —1917—, la guerra de Africa —y aun las guerras—, en la Península Ibérica, con la dictadura de Primo de Rivera; el fin de una Monarquía multisecular, el advenimiento de la segunda República —tan mal estudiada—, la guerra civil, la segunda guerra mundial, la redistribución de la potencialidad mundial, el fin del colonialismo... Y el cambio radical en la ciencia, la rehumanización del arte... La posibilidad y el terror atómico... Claro que estas enu-

meraciones, tan incompletas, no dan idea cabal del tiempo, entre otras cosas, porque nadie vive en días de nadie. La juventud de entonces estaba en la calle; hizo una guerra con varia fortuna, y todavía buscaba el honor de la investigación, la gloria del nombre, la obra bien hecha. Aún el hombre era algo sagrado para el hombre. Era una generación con autoridad paterna y maestros en las aulas. Todavía el orden y la ley eran acatados y no impuestos o al servicio de parcialidades. La violencia —prueba irrecusable, la guerra civil española— ya andaba suelta y llegaban las pistolas a los claustros universitarios, como el peor libro de texto. Pero no se crea que eran fuerzas azarosas o desatadas: el tiempo estaba cambiando —había cambiado— y los intereses chocaban debajo de la dialéctica. Para detener el tiempo se luchaba, y se contendía por esferas de poder, riqueza o influencia. Y este sector social arrastró a la tragedia a los demás sectores, como probará el futuro con evidente contundencia, cuando ya no podamos hacer nada los unos y los otros para que los que tienen ojos vean. Esta juventud mía, en la que coincidieron varias generaciones —los hombres no se relevan, sino con la muerte—, es la que, en alguna proporción, encabeza la sociedad, llena los huecos o los mantiene contra toda ley permanente. (¿Cuántos actúan, de una generación, en tiempos normales? Esta apreciación puede dar muchas explicaciones. ¿Quiénes mandan, los viejos, los jóvenes, los maduros, las mujeres, los hombres, los de acción, los de pensamiento, los poderosos, los desvalidos, los más, los menos? Contestar a estas preguntas es muy útil y aclaratorio.)

Para Aranguren, la juventud actual es una incógnita respecto al futuro, pues el reaccionarismo paternalista teme que no vaya a ser como desea. Yo aseguraría que ya no lo es: la juventud de hoy, amasada para la conformidad y el amén, educada para que dé unas premisas, se desprendan unas consecuencias, ha resultado disconforme, escéptica, materialista, descreída y sin barreras sociales o continencias sexuales, en general. (Véase, en lo que tenga de real y no de anécdota particular, *El curso,* esquema novelesco de Payno, universitario muy joven. Claro que esto no se puede hacer extensivo sin grave riesgo de equivocarse, pero nadie de mi generación hubiese podido escribir una obra así.)

De este panorama descrito se deriva una confusión de clases, un signo comunitario del tiempo, que no tiene por qué ser amorfo. Otra característica es la rebeldía, manifestada de modo específico por falta de expresión política: el llamado gamberrismo. Y debemos decir que la protesta palmaria juvenil tiene toda la razón: se encuentra todas las puertas cerradas en nombre de unos ideales sagrados, eternos e

inconmovibles, que a ella no se le manifiestan respetables. «La característica de la actual juventud es el desplome de los ideales, la desilusión y, consecuentemente, en mayor o menor grado, el escepticismo.» ¿Qué juventud, la universitaria, la campesina, la industrial de las grandes ciudades? Porque siguen pesando las barreras económico-culturales. Resulta preocupador que no haya posibilidad seria de saber cómo piensan nuestros jóvenes, que mienten por temor, a los que no se les pregunta, a los que únicamente se les manda, como si se tratase de deficientes mentales o de reclutas. Nuestra falta de información —y el exceso tergiversador— es aterradora, y cuanto gana el orden público actual lo pierde la convivencia futura. «Generación —escribe Aranguren al hablar de la europea; yo me refiero más a la española, que no se moldea sobre los mismos supuestos historicosociológicos—, en resumen, escéptica, realista, inclinada a lo concreto, positivo y privado, útilitario, funcional, técnico y, en el sentido que se acaba de explicar, adulta como pretensión de madurez y prudencia, y de ser *sui iuris*.»

Otro rasgo juvenil de hoy es el repliegue a lo privado, por desistimiento del heroísmo bélico en provecho del de todos los días: más familia que nación, más Europa que patria, superación de los nacionalismos, aunque los diversos países estén en distinto grado de evolución. (Aranguren sigue más bien, y lo generaliza, con peligro, a nuestro ver, el *rapport* nacional redactado en 1957 por el Institut Français d'Opinion Publique, de París, acerca de la *nouvelle vague*.) En cuanto a la moral, la tendencia es a jugar limpio, a tener seguridad en las relaciones, a nivelar la conducta, sin excepciones. No lo niego, mas ¿cómo se casa esta *mediocridad* generalizada con el egoísmo, la insolidaridad, el aislamiento, el desfonde de tantos jóvenes que no ven más que lo cómodo, lo seguro? No confundamos la uniformidad —o nivelación o igualamiento— externa de la sociedad actual, en conjunto, y la de la juventud en particular, nacida de las conquistas y de la extensión técnica, con el color del sentimiento. Las gentes se parecen mucho más que nunca a los sentidos, si callan, merced al traje y a las maneras perceptibles, a sus diversiones, pero se diferencian en cuanto hablan y actúan. Y esa distancia nace de una injusticia social, de los monopolios de unos y de las carencias de otros. De momento todo está contenido por la tensión atómica mundial, como si se hubiese estabilizado la vida en el temor. Mas un día se producirá la paz, y esa tensión energética de hoy tendrá que desplazarse, ponerse en movimiento, e impondrá cambios radicales, ya conseguidos en lo teórico y científico, a falta de legalización social.

Creo que el de la juventud es el ensayo capital del libro de Aranguren, aun en ámbito europeo, es decir, mutilando la historia de hoy,

que por primera vez y desde hace pocos años—ése es otro de los factores de inseguridad del tiempo—empieza a ser universal. El problema del catolicismo, paradójicamente a su nombre, es un asunto particular de unos pueblos identificados con formas de vida específica que todavía no ha realizado su universalidad. Lo religioso—quizá todo—se hace más íntimo, no da la tónica social, tal vez por la secularización de la vida, que apela a lo común, a instancias más inmediatas. De todos modos, estos ensayos católicos tienen valor testimonial, en principio, porque no se puede reclamar un trato de favor como católico en cuanto al Poder, la riqueza, la posición social. Ser católico en España, para algunos, es la gran inversión, puesto que se han profesionalizado. Mas para el hombre sincero, el que siente su dimensión y su desgarramiento religioso, comienza a ser heroico, porque supone discrepancias dolorosas con tantos aspectos del vivir como se han desustanciado. El forcejeo es dramático y respetable. He aquí algunas precisiones de Aranguren sobre el asunto: «En el mundo, hasta cierto punto; en España, desde luego, el católico ha vivido durante unos decenios triunfalmente. Es de temer que le aceche un futuro bastante menos confortable. Por si acaso, no será malo irse haciendo a la idea.» («El intelectual católico del futuro.») O estas otras palabras del ensayo «El católico en tiempo de secularización»: «Un sentido positivo y realista tiende a prevalecer en el ámbito religioso, igual que en todos los demás.» Refiriéndose a *cómo* se es católico en España, escribe, después de destacar el carácter bélico, constante, de nuestro catolicismo: «La verdad es que hace unos años todo el pensamiento que se exteriorizaba en España era católico, de una u otra tendencia. [Se refiere a después de la guerra civil.] Hoy ya no puede decirse lo mismo. La catolización huera, meramente retórica, de las grandes palabras, también ciertos compromisos y determinadas alianzas, así como el carácter burgués, sin sentido social, del bloque del catolicismo español, han apartado durante estos últimos años y continúan apartando a muchos jóvenes del catolicismo.» («El porvenir del catolicismo español.» Este ensayo es una felicísima síntesis de la historia de nuestro catolicismo, bélico y nacionalista, más papista que el Papa, realizado con toda valentía y probidad intelectual, digno de meditación y diálogo.)

Las urentes meditaciones desde España sobre el catolicismo se recogen en los ensayos citados, ya de títulos muy cargados de electricidad y polémica, y más en tiempos sin fronteras ni estancamientos, de interinfluencias casi atenidas a la física más que a la ética, cuando la inestabilidad—el cambio en el que vamos instalados—se manifiesta en la cotidiana expresión de «fluidez internacional». O lo que es lo mismo: inseguridad, pues no sabemos si lo de hoy habrá mudado

mañana, entendido como plazo de veinticuatro horas. Estamos cambiando, ¿para bien o para mal? Estas expresiones morales no tienen sentido ante lo inexorable, que no es bueno ni malo en principio: es. Vivimos sobre un fundamento movedizo, y de ahí el sobresalto. Pero vamos a un nuevo lugar, a una nueva estabilidad, si llegamos, que alguien arribará. Los grandes mitos han revelado su oquedad y provisionalidad, y no se puede vivir en falso, aunque lo estemos haciendo en peligro.

Aranguren, con probidad intelectual, cumple en su obra, titulada con el trabajo más urgente, con lo que prometió en sus palabras prologales: «Libro, pues, que desde el presente mira hacia el futuro: futuro del hombre, futuro del católico, futuro de algunos países, de España ante todo. Futuro considerado en todos los trabajos desde un punto de vista predominantemente social.» Partiendo del hombre concreto que es el autor, convivente con otros hombres concretos en una sociedad nacional y universal en un estadio histórico determinado, averigua, atento a sus orígenes —al pasado—, lo que le espera al hombre de hoy en un mundo que se dirige hacia otras formas de vida y comunidad. Aranguren es un pensador —moralista, hombre de quehacer práctico nacido de una previa teoría—, un español católico —pero no a la española tópica—, que se mira a sí, se encara con su contorno vital, somete a prueba sus convicciones y la circunstancia en que vive, y pregunta. Y lo hace desde su irrenunciable personalidad, patria y tiempo. Del libro de Aranguren, muy problemático, muy sugeridor, salimos más aclarados, con más respeto por la vida del semejante que coincide o disiente, pero que no nos fulmina o degrada por ser como somos. Con Aranguren y su pensamiento se puede conversar y aspirar a entenderse. Esto importa muchísimo, y más en tierra de sordos, donde nadie oye, donde la sentencia precede al juicio. Si coincidiésemos totalmente llegaríamos a una *confusión* en la unidad, que haría innecesario al otro, impidiendo toda vida histórica. Discrepamos porque somos. Ahora bien, esa discrepancia, *conciencia situada,* punto de vista, no presupone que sobra el que no asiente con obediencia de cadáver. (Quizá parezca absurdo esto a quien no sepa a cuántos dolores, cerrilismos, cabezonerías e injusticias aludo. Porque de la antinomia propugnada por algún *pensador,* «amigo-enemigo», no se desemboca más que en la destrucción del contrario, en el apeo de la moral y del derecho, en la santificación de la brutalidad o de los intereses de este cochino y maravilloso mundo.)

Aranguren es una cabeza pensante de hoy que contribuye a permitir un futuro a la altura del hombre español, calificación que no se opone a ningún otro tipo humano de hombría, sino que la completa

y se redondea en ella. Sus ensayos de ahora, tan sugerentes, bien arquitecturados, espléndidamente escritos, pueden llevar mucha paz a sus lectores, sobre todo a los jóvenes, su gran preocupación: Aranguren es profesor de juventudes, preparador de mañanas. Y esa responsabilidad del catedrático, del universitario, del buen escritor, del pensador con pensamiento propio e información precisa, se traslucen en estas páginas tan humanizadas, tan valiosas y con aire bondadoso entre líneas. Aranguren escribe desde hoy mirando hacia el acorralado porvenir, como nos dice, sin renunciar al inevitable —¿cómo?— pasado, pero sin aferrarse a él, que ya tuvo su oportunidad; sin caminar de espaldas, sin egoísmo ni vinculación a posturas que no se pueden defender en mitad de la calle y con testigos libres. (O proclamar en el sagrado ámbito de la cátedra, que a tanto obliga a los profesores auténticos, no a los comerciantes de la ciencia o a los castracerebros.) En el fondo, todas las inquisiciones de Aranguren, su variedad meditadora, gira en torno a un tema: responsabilidad del intelectual de hoy. Y más concretamente, en su caso: responsabilidad del intelectual católico de hoy. Y Aranguren no confunde los mandatos de la razón —y de la fe— con las conveniencias particulares que se cotizan en Bolsa o tienen puesto propio en las notas de *sociedad,* que no son la sociedad. (Porque hay gentes que confunde su caso con el de todos, y cuando ellos no «lo pasan a modo», dicen que el país es muy aburrido, y al revés.) El patético problema de Aranguren es: ¿se puede ser católico hoy? Esta es su gran pregunta, que él contesta afirmativamente, pues los deberes son más irrenunciables que los derechos para el noble y el creyente. Ahora, contesta con tal limpieza, que puede hacerse sospechoso o rebelde para los apegados a las formas inviables no ya por desarrollo histórico, sino por doctrina estricta. (Todos conocemos a quiénes, católicos o no, sólo saben *ganar.)* En sus *visiones* sobre Italia escribe en un tenso entre paréntesis: «Tal parece el signo de nosotros, los católicos, en la época moderna: llegar tarde.»

En otro aspecto —véase el precioso ensayo «El ocio y la diversión en la ciudad»—, los giros y temas de Aranguren en este libro se refieren al hombre en peligro de masificación, devaluada su humanidad, tan a pique de corrupción por presiones invencibles: el Estado, el maquinismo, la técnica, la diversión, la falta de ocio, revelador de sí mismo. Pero en Aranguren hay esperanza, razonable esperanza, lógica esperanza si se parte de unas premisas, que no siempre son demasiado reales. Esperanza en la especie humana, sí, pero ¿y el individuo, el incanjeable, tú, él, yo, nosotros, vosotros y ellos, que no tenemos demasiada espera, que no podemos aguardarnos a verlo? Yo también creo —quien trabaja fuera de la animalidad, para algo más que subsis-

tir e ir tirando, tiene fe—, aunque a veces la urgencia o la fatiga se nos suba a la pluma, al grito: ¿estaremos mañana? Ya sé que «hoy es siempre todavía», mas no todas las horas lo son de serenidad y de entendimiento. (¡La lucha por el sosiego para ser uno, la defensa de la intimidad para poder servir al prójimo, el combate con la fatiga del ganapán que somos, sin tiempo para lo principal, secundario ante el decoro!) Y desde situaciones poco o nada cómodas vemos cómo nos quitan el nombre, cómo se viene la leñosidad y la monotonía, petrefactándonos, en palabra de Ortega. Es verdad «que toda cultura de trabajo es siempre ética», y que el arte, si no es necesario—vida de uno—, es una evasión, y más cuando se pone al servicio de lo peor: el dinero, la vanidad, la fórmula que se industrializa. Pero el trabajo más allá de la capacidad embrutece, sólo saca sangre inútil, mecaniza, impide la obra cumplidora. El trabajo material, el que produce cosas que se ven, se tocan, sirven, no es malo para el intelectual—al menos como doma de la estupidez o de la soberbia, el gran peligro—, cuando le descansa, cuando puede pasar de uno a otro libremente. Mas no es así en nuestra sociedad real, de momento. El problema es: el hombre —casi todos los hombres— no es libre debido a una organización social antinatural y esclavista—y sensual—, en una forma u otra. Lo grave es que la esclavitud actual no da filosofía de Platón ni versos de Horacio—tampoco estas obras la justifican, cuidado—, sino dividendos, juergueo, ociosidad encanallada a unos cuantos herederos.—
RAMÓN DE GARCIASOL.